

## GENTE PUNTILLOSA.

La aguja de la máquina de coser, vienen algunas agujas comunes á poca distancia de ella, les dijó con orgullo:

—¡Qué hacéis ahí, pobres inútiles? ¡No estás viendo con qué elegancia trabajo yo! Me muevo sin descanso, hasta que me da el alto la costurera y no le fatigo la vista, como hacéis vosotras. Me basta para todo, y en una hora hago más labor que vosotras en un día entero.

—Me alegra tanto—respondió una delgada agujita, empinándose un poco sobre la punta y mirando de soslayo por el ojo—pero si te figuras que todos esos prodigios se deben á tu habilidad, eres una gran simplicia.

La vocesilla de la aguja era muy sutil y la que salía de la aguja de la máquina la cubrió con su timbre rumoroso y seco.

—¡Tendré gracia que quisieras valer tanto como yo!

—Yo no, nada de eso. Pero tú no ves más allá de la pieza de acero que te ciñe. Si pudieras mirar debajo de la mesita sobre la que se pone la máquina de coser, verías dos pies que oprimente el pedal, por medio de una correa de cuero y de dos ruedas, te comunican el movimiento. La costurera tiene que estar continuamente sobre ti y no debe perder un momento de vista la tela, guiándola bajo tu punta para que vayas derecha como es debido. Y con eso se fatiga más de lo que puedes suponer.

—Oh... exclamó la aguja de la máquina, entre sorprendida é indignada; y para dar énfasis á esta exclamación hizo tanta fuerza, que se rompió.

—¡Qué lástima! gritó entonces la aguja común, mientras la costurera cambiaba la orgullosa víctima y la tiraba al suelo—pero si hubieses aprendido á trabajar

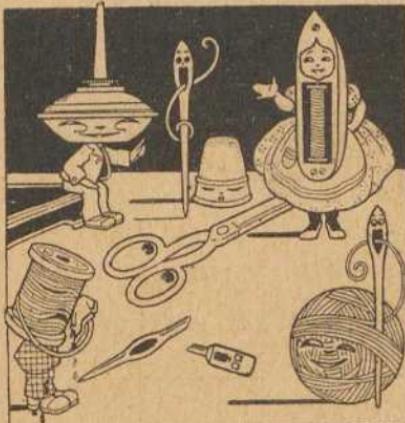
quieta, no te hubiera sucedido esa desgracia.

La aguja despedazada rodó sobre el pavimento y fué á esconder su humillación bajo el pedal.

—Le está bien empleado! dijo el frasquito del aceite, con toda la gravedad de un personaje de experiencia. Nunca he visto ingratitud semejante. Podrías haberle dicho que tú le preparabas la labor y que por algo estabas ahí; eso sin contar que si yo no estuviese aquí para lubrificar las piezas, ¡buenas noches!

—¡Y yo, no soy nadie! preguntó entonces la bobina, que la costurera había dejado fuera un momento para ponerle el hilo, que se acababa de concluir. ¡No estoy girando continuamente y sufriéndome mareos!

—Todos trabajamos y todos nos necesitamos unos á otros—observó la aguja común.—Yo misma ¡qué podría hacer sin el dedal que me empuja por la cabeza y me hace penetrar en la tela ó en el paño! Sin dedal ¡pobre costurera, buenos se pondría los dedos!



Oía esta conversación un pájaro encerrado en una jaula cerca del balcón y dijo:

—Una prima mía fué la maestra de todas las costuras; hablo de la "sylvia suturaria" que trabaja sin necesidad de aguja. Hila el algodón sacándolo de las cápsulas, después elige hojas anchas y resistentes, las agujerea y las cose. La aguja de que se vale es el pico; con él pasa por los agujeros los hilos que ha preparado, tira de ellos, los estrecha y así fabrica un reparo en el que esconde su nido.

—Yo trabajo en silencio—repuso la aguja,—y de ese modo dejo que vuele libre el pensamiento de mi dueña. Somos muchas hermanas; la aguja de bordado, la de remendar, la del colchonero, la del sastre, la de la modista. ¡Cuánto trabajo para fabricar cualquiera cosa!

—Contaba mi prima—añadió el pájaro—que en los primeros tiempos las agujas fueron espinas de pescado ó astillas de huesos agujereados y aguzados. ¡Qué puntos saldrían! Pero entonces sólo se cosían pieles de animales y se servían de aquellas agujas tan rudas, como mi prima de su pico.

La pobre aguja de la máquina, que ya era rota en el pavimento, dijo entre sí: —¡Qué sarcasmo! ¡Haber llegado la última para hacer este papelón!

MADONNA DIRNA.

